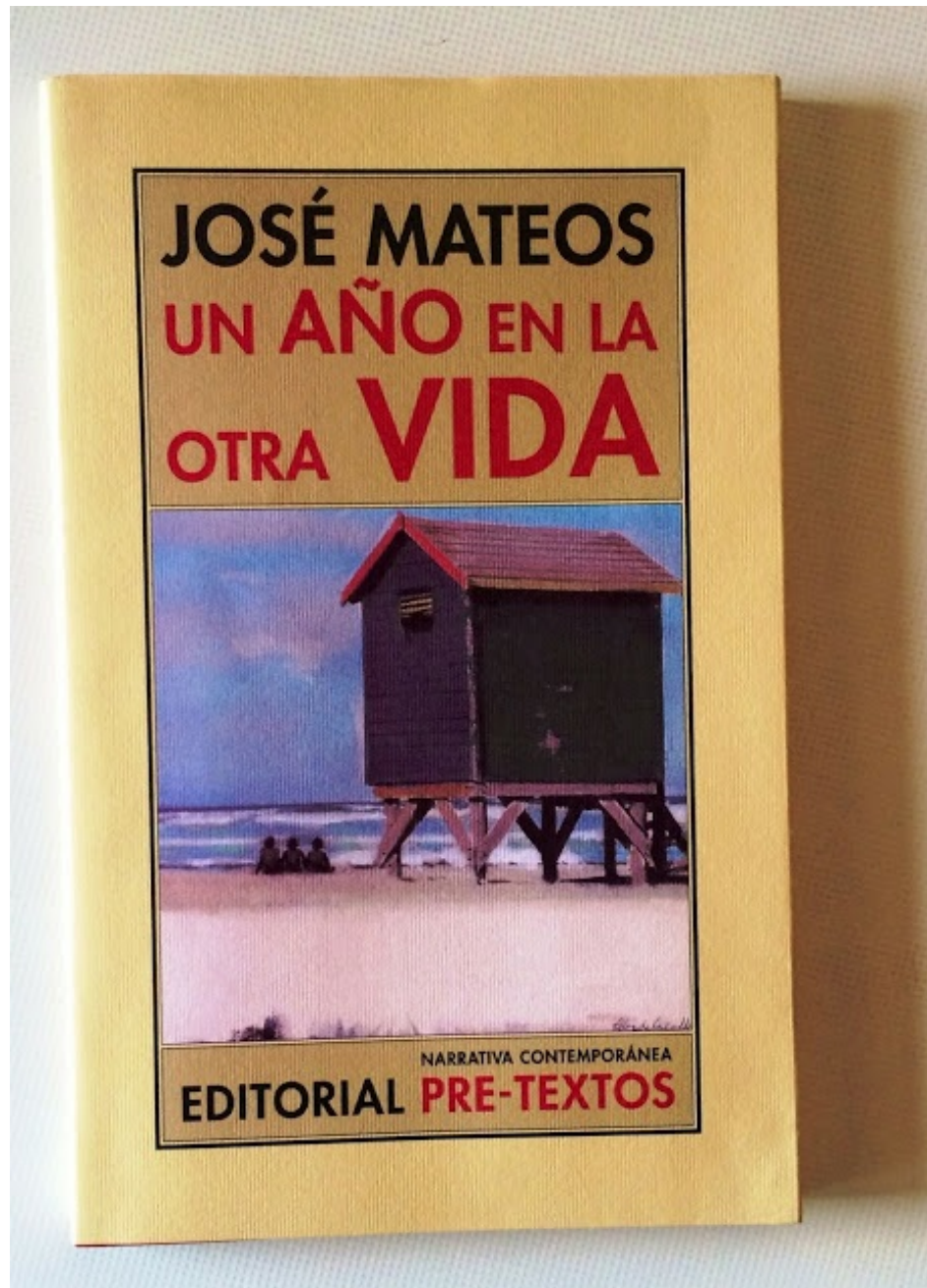


# José Mateos: Silencio, se vive

[crisisdepapel.blogspot.com.es/2015/11/jose-mateos-silencio-se-vive.html](http://crisisdepapel.blogspot.com.es/2015/11/jose-mateos-silencio-se-vive.html)



José Mateos

*Un año en la otra vida*

Pre-Textos. Valencia, 2015.

Pocos libros tan hermosos, tan distintos, tan conmovedores como el último de José Mateos, un diario, ese género de moda, pero un diario hecho solo de silencios y asombros, en el que conviven armoniosamente los vivos con los muertos.

Entre octubre de 2013 y octubre de 2014, se fechan estas anotaciones, que nada tienen que ver

con la historia externa. *Un año en la otra vida* trata de ser lo contrario de esos diarios, memorias o autobiografía que “parecen solo escaparates donde una vida, que es siempre recato, perplejidad y misterio, se desvanece en pura futilidad”.

Dos son los maestros que ayudan a José Mateos a encontrar su personal estilo: César Simón, que escribió su diario *En nombre de nada* “al filo de la muerte, casi del otro lado”, y Ramón Gaya, al que se dirige, sin nombrarle, en una de las anotaciones: “Gracias porque con sus dibujos y sus óleos, con sus ensayos y poemas me señaló usted un camino que quizá sea el único: el de la atención y la paciencia en soledad, el de la exigencia”.

Atención, paciencia y exigencia, tres claves en la manera de escribir de José Mateos. Atención “porque basta fijarse un poco en cualquier cosa para sentir que todo es siempre más de lo que es”. Por ejemplo, los tres membrillos que un día le trae su madre y que él pone en una bandeja de metal sobre la mesa de la cocina: “Entro por un vaso de agua o por unas tijeras y, cuando los veo, convierten mi casa, de pronto y casi sin darme cuenta, en la casa de mi abuela, y son mi abuela trajinando entre cacharros y poniéndolos a hervir. Son también todos los gratos mediodías de otoño y son una huerta de la infancia, con sus jilgueros y su alberca, que es en mi cerebro el arquetipo de todas las huertas. Son los cajones perfumados de una cómoda antigua, y un cuadro de Zurbarán y una película de Víctor Erice”.

A esos membrillos los veremos irse marchitando a lo largo de estas páginas con el paso de los días. Junto a ellos, otro es el leitmotiv del libro: una antigua novia, Luisa, que aparece una y otra vez, en vida y en muerte, con su sonrisa continua, como el símbolo más claro de la felicidad.

Con los familiares, con los amigos muertos, habla a menudo José Mateos. No hay ninguna parafernalia lúgubre en estas historias de fantasmas, que se mueven entre el sueño y los resquicios por los que la realidad nos deja entrever los misterios del otro lado de la vida. Baste un ejemplo. Como no puede dormir, el narrador se pone a contar los ruidos de la noche (“el zumbido del viejo frigorífico, la tos de un vecino, una alarma lejana, el repentino petardeo de un tubo de escape, el rumor de una radio insomne”) y de pronto escucha algo en el interior de la casa: “Crucé el pasillo y me lo encontré en el salón, con la luz encendida. Estaba en pijama, revolviendo cajones y armarios, y parecía inquieto no se sorprendió al verme”. Tampoco el narrador se sorprende, simplemente le toma del brazo y le ayuda a sentarse. Los muertos no se asustan de los vivos ni los vivos de los muertos en las páginas de José Mateos, en su vigilia o en sus sueños, que a veces no acertamos a distinguir.

No escasean los aforismos en estas anotaciones, aunque José Mateos no condesciende nunca con el mero ingenio, ni los fragmentos que podrían entrar en cualquier antología del poema en prosa. Muestra de lo primero: “Una de las cualidades de las grandes obras es que tienen defectos. Y que esos defectos no las hacen peores”. De lo segundo, la enumeración de líricas greguerías que encontramos en las páginas 97 y 98: “El ruiseñor, que con su canto le roba a la noche unas ascuas de eternidad. El estornino, pieza minúscula de un pájaro innumerable. El vencejo, ese acróbata del aire que se emborracha con los infinitos colores de la tarde. El cuervo, que vuela igual por la vida y por la muerte...”

Como a las grandes obras, como al *Quijote* o a *Moby Dick*, sus defectos, que también los tienen, no hacen peor a *Un año en la otra vida*. De vez en cuando, afortunadamente muy de vez en cuando, cambia el tono y el ensimismado paseante, el coleccionista de silencios y asombros, se convierte en censor de la sociedad contemporánea. Y entonces incurre en los habituales tópicos de los articulistas sin demasiadas ideas. ¿La desaparición de las pequeñas librerías, de las librerías de barrio, limita la libertad de elección de los lectores? ¿No será más bien que solo en las grandes librerías, formen o no parte de una cadena, es posible encontrar algo más que los *best seller* y los libros de textos que las pequeñas librerías se ven obligadas a vender para subsistir?

Detractor de las redes sociales, como no podía ser de otra manera, José Mateos fue publicando sus notas de diario en Facebook –una buena manera de llegar a desconocidos amigos y perdidos en cualquier parte del mundo–, a pesar de que en la pantalla, según su opinión, dicen la mitad de lo que dirían en un libro: “Se difuminan, se vacían, parpadean un momento y se apagan sin dejar rastro dentro de ninguno”. Pero la pantalla, como antes el papiro, como luego el papel, es solo un medio que para nada condiciona el que lo que a su través nos llegue deje o no rastro en nuestra memoria.

No falta tampoco el consabido rechazo a los que fotografían un paisaje en lugar de admirarlo en silencio, como si ambas cosas no pudieran ser compatibles y como si no se pudiera criticar del mismo modo a quienes, como el autor, se dedican a describirlo..

Pero esas tópicas jeremiadas, con las que muchos lectores coincidirán, ocupan el mínimo espacio en un libro breve e inagotable que se adentra, como pocos, en la magia y el misterio de lo cotidiano.

"